

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Víctorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 440.

MURCIA 25 DE SEPTIEMBRE DE 1898

La Juventud Literaria

PALIQUE

El abandono, la incuria, ¡hasta la falta de caridad! que se advierte en todos los detalles de la repatriación de nuestros soldados, hace decir á la prensa cosas, capaces de hacer sonrojar de indignación á un marmolillo, y se sonrojaría el Gobierno si detenidamente los observara.

Seamos eco de la opinión pública y oigámosla, sin apasionamientos.

Dolor por una parte, indignación por otra, causan los relatos que los corresponsales de Vigo, Coruña y Santander hacen de la llegada de los soldados repatriados.

Dolor al considerar el tristísimo estado en que se encuentran hoy los que se fueron sanos y robustos, con todo el vigor de la juventud.

Indignación al ver que quien tiene la obligación de ampararles les deja en el mayor desamparo.

Deber sagrado de los gobernantes era y es preocuparse de proporcionar á los repatriados los auxilios al llegar á la madre patria por la que tan bizarra y heroica como inútilmente, gracias á los desaciertos de aquéllos, se han batida.

No lo han hecho, sin que para disculparse puedan alegar desconocimiento de causa, falta de tiempo, ni aun falta de medios, pues los hay para otras atenciones más venales, como lo demuestra el haber girado millones al gobierno insular cubano.

Sabíase á día fijo el de la llegada de los soldados, y tres ministros, Guerra, Marina y Gobernación, se ocuparon de las operaciones concernientes al arribo, Tres al saco y el saco en tierra.

Ni auxilios, ni alimentación, ni lechos, ni nada para esos infelices que, hambrientos y cubiertos de andrajos son prisioneros vivientes que, ayer en los puertos, hoy en Madrid y Barcelona y mañana en todos los ámbitos del territorio, hablan con voces mudas de la previsión y de la manera de organizar servicios y cubrir atenciones que usan unos gobernantes que, con su desmayo y flojedad en esta ocasión puestos de relieve

de modo tan palpable á los ojos asombrados de todos los españoles, dan la medida de la actividad, el celo y la energía que anteriormente habrán desplegado.

Si la imperiosa voz de un deber ineludible, ó el sentimiento de piedad no fuera suficiente para hacer cesar el triste espectáculo que doquiera dan los soldados repatriados, debería bastar al Gobierno, para terminarlo, la conveniencia egoísta de no mostrar á la nación de modo tan claro y perceptible los resultados de su falta de actividad, de su improvisación y de su incuria.



A la encantadora señorita

CONCHA LABORDA GARCIA

Pasa un día y otro día
y tu gracia va en amento,
va en aumento tu belleza,
¡y aumenta mi sufrimiento!

Todo el mundo se divierte
en ferias, fiestas, verbenas
y yo á solas paso el tiempo
¡conversado con mis penas!

Pensando mi dulce amor,
en tu gracia, en tu hermosura,
en tu linda cabellera
y en tu flexible cintura,
pues hablando me enloqueces,
y se llogas á mirarme
siento, Concha, algo aquí dentro,
como si fuera á abrazarme,
y ¿que mas he de decirte,
siendo tuya mi alma entera?
Que me mires, si no quieres
que de tristeza me muera.

JOSÉ GOMEZ ROS



Luisito ha hecho una travosura muy grande, y su madre le castiga, diciéndole:

—Hoy no te permitiré más que almorzar.
Por la noche no comerás.

Al llegar la hora de comer, dice el niño á su madre:

—Ya sé que estoy castigado, mamá, y que no puedo comer. Pero supongo que me darás otra vez de almorzar.



LA VERJA.

Cinco son. Cuatro duermen
y el otro vela,
y están los cinco en fila
junto á la verja.
puerta lujosa
del jardín que al palacio
cerca y adorna.

Sobre la verja, tienden
con mano fría,
las sombras de la noche
negra cortina,
que no traspasa
ni la luna, que juega
por las murallas.

De la verja en la esquina
duerme una vieja;
que allí también hay lechos
de preferencia;
sueña en voz alta...
—«Correspondencia! ¡Heraldo!»
dice la anciana.

Ronca á su lado un chulo
que en otros tiempos
hacia colecciones
con los pañuelos,
y hoy no las hace
porque un amigo guardia
quedó cesante.

Sigue un viejo, que vive
de su trabajo,
y, aunque es cojo unas veces
y otras es manco,
pasa fatigas,
porque ambas profesiones
están perdidas,

Y despues, en la sombra
juntos, muy juntos
cual si les pareciera
que nunca es mucho,
siguen dos «golfos»;
ella duerme, él en ella
clava los ojos.

A ella le caen las greñas
sobre la cara
como sobre el vestido
le caen las manchas
¡y aun será un ángel,
si se quita el defecto
de no lavarse.

El, pasándole el brazo
por la cintura,
como la madre al niño
cuando le arrulla,
le está mirando,

tímido, silencioso
y enamorado.

De su boca no salen
dulces palabras;
mas de sus ojos brotan
y de su alma
tantos amores,
que ella tendrá que oirlo.
por más que ronque.

Juntas duermen las rosas.
en los rosales,
juntas duermen las flores,
juntas las aves;
la noche viene,
y en los rincones, juntos
los «golfos» duermen...

No le dice él las cosas
pero las piensa,
y ellas las oye, como
si él las dijera,
Risueña duerme;
y él no alienta por miedo
de que despierte.

Pero abrid esa puerta
que da al palacio
y á la alcoba lujosa
guiad los pasos.
En blando lecho
duerme la dama; el rico
la guarda el sueño

Y él no dice las cosas,
pero las piensa
y ella las oye, como
si él las dijera.
¡Música suave,
que en los palacios suena
como en la calle!...

¡Amor, que á los palacio
borrascas llevas
y tálamos nupciales
á las aceras!
¡Amor, testigo
del placer de los pobres
y de los ricos!

Una, del rico en brazos
duerme dichosa,
y en brazos del pilluelo
duerme la otra.
¡Deja que sueñen!
Y, si sueñan mentiras;
¡que no despierten!

RICARDO J. CATARINEU.

